

Los Documentos de Santo Domingo en los discursos de Juan Pablo II a los obispos de América Latina

Introducción

En esta sección de *Documentos*, queremos dejar constancia del eco de la IV Asamblea General de la Conferencia Episcopal de América Latina, celebrada en Santo Domingo, 12-28 de octubre de 1992 (discurso inaugural del Santo Padre, Documento de Santo Domingo, Mensaje de los Obispos), en una circunstancia particular de la vida eclesial, como son los discursos del Papa a los Obispos de América Latina en visita «ad limina Apostolorum».

Después de la asamblea general de Santo Domingo, los obispos latinoamericanos han venido a Roma para su visita quinquenal en 1994, 1995 y 1996. Durante el año 1993 no hubo visitas quinquenales por parte de ningún episcopado latinoamericano.

En 1994 vinieron a Roma para la visita quinquenal los Obispos de El Salvador, Uruguay, Nicaragua, Costa Rica, Guatemala, Puerto Rico, República Dominicana, México, Ecuador, Cuba, Paraguay, Perú y Chile. En 1995, los Obispos de Argentina, Brasil y Venezuela. Finalmente, en 1996 los últimos Obispos brasileños, y además los Obispos de Bolivia y Colombia.

El Documento de Santo Domingo estuvo centrado en tres temas: Nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana. Los tres temas se hallan presentes en la *recepción* que del Documento latinoamericano hacen los discursos del Santo Padre. Pero es evidente que uno prevalece sobre los demás: el de la nueva evangelización, sea en general, sea en aspectos particulares de la misma, como los agentes (misioneros, vocaciones sacerdotales, laicos), algunos destinatarios (matrimonio y familia, indígenas), una forma particular de evangelización (la religiosidad popular) y un obstáculo muy insidioso para la misma (el proselitismo de las sectas).

Recepción en los discursos de Juan Pablo II

A LOS OBISPOS DE EL SALVADOR (10 DE ENERO DE 1994)

Nueva evangelización

A través de los informes que habéis enviado a esta Sede Apostólica sobre el estado de vuestras diócesis, he podido comprobar que la Iglesia en El Salvador se está empeñando seriamente en una labor evangelizadora que llegue a todos los estratos de la población. A ello contribuirá también el vigoroso impulso que, bajo el lema «Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana», ha representado la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano, que tuvo lugar en Santo Domingo, y cuyas tareas tuve el gozo de inaugurar. A este respecto, os confío el encargo de hacer llegar a vuestros sacerdotes y a todos los demás agentes de pastoral la exhortación del Papa a hacer vida en sus comunidades eclesiales las conclusiones de dicha Conferencia.

Matrimonio y familia

Entre vuestras prioridades pastorales ha de continuar ocupando un lugar preeminente la familia. Así lo ha reiterado la citada Conferencia de Santo Domingo: «Es necesario hacer de la pastoral familiar una prioridad básica, sentida, real y operante. Básica como frontera de la nueva evangelización. Sentida, esto es, acogida y asumida por toda la comunidad diocesana. Real porque será respaldada concreta y decididamente con el acompañamiento del obispo diocesano y sus párrocos. Operante significa que debe estar inserta en una pastoral orgánica» (n. 64).

* * *

A LOS OBISPOS DE URUGUAY (12 DE FEBRERO DE 1994)

Empeño misionero

2. Me complace saber que los planes pastorales en vuestras diócesis tienen como objetivo prioritario —como señalabais en un reciente documento colectivo— «animar una Iglesia en estado de misión,

para impulsar la nueva evangelización, la promoción humana y la cultura cristiana» (*Orientaciones pastorales. Trienio 1993-1995*). Con ello os hacíais eco de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano cuando afirma: «Una catequesis renovada y una liturgia viva, en una Iglesia en estado de misión, serán los medios para acercar y santificar más a todos los cristianos y, en particular, a los que están lejos y son indiferentes» (*Mensaje a los pueblos de América Latina y el Caribe*, 30).

La Iglesia se siente interpelada continuamente por el Maestro para anunciar la novedad pascual de su Evangelio, respondiendo así al mandato de Jesús de anunciarlo a toda criatura (cf. *Mc* 16, 15). Pero esta misión profética, que despierta la fe y la conciencia del pueblo cristiano, debe comprometer y responsabilizar a todas las fuerzas vivas de la Iglesia y llegar a todos los campos de la actividad humana y, en particular, a *la familia, la juventud y la cultura*.

3. Vuestra misión tiene como objetivo hacer que la verdad sobre Cristo y la verdad sobre el hombre penetren aún más profundamente en todos los estratos de la sociedad uruguaya y la transformen pues «no hay evangelización verdadera, mientras no se anuncia el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios» (*Evangelii nuntiandi*, 22). Sólo así podrá llevarse a cabo una evangelización «en profundidad y hasta sus mismas raíces» (*ib.*, 20).

Esta labor vuestra, no exenta de dificultades, se desarrolla en medio de un pueblo de corazón noble y de espíritu abierto y acogedor, que sabe valorar la acción apostólica cuando se le proclama la buena nueva de las bienaventuranzas. Es cierto que en la sociedad uruguaya se dejan sentir también los síntomas de un proceso de secularización, que hace que Dios no represente para muchos el origen y la meta, el sentido y la explicación última de la vida. Pero, en el fondo, este pueblo, como sabéis muy bien y como yo mismo lo he podido constatar en mis viajes pastorales de 1987 y 1988, tiene un alma profundamente cristiana, aunque no lo muestre abiertamente y parezca que esté como escondida.

Prueba de ello son las comunidades eclesiales vivas y operantes, lo mismo en las ciudades que en el interior del país, donde tantas personas, familias y grupos, a pesar de la escasez de ministros sagrados, se esfuerzan por vivir y dar testimonio de su fe. He ahí una

prometedora realidad que abre a la esperanza el resurgir de nuevos apóstoles que sepan responder «con generosidad y santidad a las solicitudes y desafíos de tiempo» (*Redemptoris missio*, 92).

Matrimonio y familia

4. La nueva evangelización, con sus nuevos métodos y sus nuevas expresiones y, especialmente, con el renovado fervor de los evangelizadores, tiene *en la familia un objetivo primordial*. A este respecto, se afirma en las *Conclusiones* de la Conferencia de Santo Domingo: «La Iglesia anuncia con alegría y convicción la buena nueva sobre la familia en la cual se fragua el futuro de la humanidad» (n. 210). Y, en el documento colectivo citado más arriba, vosotros os comprometéis a «promover la familia como ámbito donde nace, crece y se educa para la vida» (*Orientaciones pastorales. Trienio 1993-1995*).

Cuanto más se fomente la acción evangelizadora en la familia, tanto más prometedora será la promoción de vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada, así como el surgir de laicos verdaderamente entregados a la misión. La familia ha de ser lugar de encuentro con Dios, centro de irradiación de la fe, escuela de vida cristiana. Es verdad que, a veces, hemos de enfrentarnos con viejas mentalidades cuyos «criterios de juicio y de elección» son «extraños e incluso contrapuestos a los del Evangelio» (*Veritatis splendor*, 88). Pero precisamente ahí hay que demostrar la *audacia* apostólica, con la convicción de que los valores evangélicos, sembrados con autenticidad de anuncio y de testimonio, son una semilla que no muere jamás.

Sacerdocio y vocaciones al sacerdocio

5. Sé que una de vuestras principales preocupaciones es el tema de las *vocaciones sacerdotales y religiosas*, ya que el número de sacerdotes es insuficiente para las necesidades de vuestras comunidades. Como señalé en la apertura de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano, «condición indispensable para la nueva evangelización es poder contar con evangelizadores numerosos y cualificados. Por ello, la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas ha de ser una prioridad de los obispos y un

compromiso de todo el pueblo de Dios» (*Discurso inaugural*, Santo Domingo, 12 de octubre de 1992, n. 26). Pido fervientemente al Dueño de la mies que vuestro seminario mayor nacional, que es como el corazón de todas las diócesis (cf. *Optatam totius*, 5), se enriquezca con numerosos candidatos al sacerdocio que puedan un día servir a sus hermanos como «ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios» (*I Co* 4, 1). Permitidme que, por vuestro medio, envíe un afectuoso saludo a todos los seminaristas del Uruguay. Decidles que el Papa espera mucho de ellos y que confía en su fidelidad.

* * *

A LOS OBISPOS DE NICARAGUA (18 DE FEBRERO DE 1994)

Nueva evangelización

2. La *IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano*, que tuvo lugar en Santo Domingo, ha puesto particularmente de relieve los graves desafíos pastorales de nuestro tiempo y «ha querido perfilar las líneas fundamentales de un nuevo impulso evangelizador que ponga a Cristo en el corazón y la vida de todos los latinoamericanos. Esta es nuestra tarea: hacer que la verdad sobre Cristo, la Iglesia y el hombre penetre cada vez más profundamente en todos los estratos de la sociedad en búsqueda de su progresiva transformación» (*Mensaje*, 3). Y ésta es la meta que también vosotros, queridos hermanos, os habéis propuesto, haciendo propias las Conclusiones de la asamblea de Santo Domingo. Tal y no otro ha de ser vuestro objetivo, pues la Iglesia está llamada a iluminar, desde el Evangelio, todos los ámbitos de la vida del hombre y de la sociedad. Y ha de hacerlo desde su fin propio, que «es de orden religioso». Pero precisamente de esta misma misión religiosa —enseña el concilio Vaticano II— derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina» (*Gaudium et spes*, 42). En efecto, la Iglesia, por su vocación de servicio al hombre en todas sus dimensiones, alienta todo aquello que pueda favorecer el bien común de la sociedad y se esfuerza por ser siempre «signo de salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana» (*ib.*, 76). Por eso, como pone de relieve el mismo documento conciliar, «la Iglesia por razón de su misión y de su competencia, no se confunde en modo alguno

con la comunidad política ni está ligada a sistema político alguno» (*ib.*). Sin embargo, ella tiene que iluminar también las realidades temporales con los valores y criterios del Evangelio (cf. *ib.*).

Matrimonio y familia

6. En este Año de la familia, os invito a intensificar vuestros desvelos apostólicos *en favor de la familia en Nicaragua*. Como pone de relieve la *IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano*, «la Iglesia anuncia con alegría y convicción la buena nueva sobre la familia en la cual se fragua el futuro de la humanidad y se concreta la frontera decisiva de la nueva evangelización. Así lo proclamamos aquí, en América Latina y el Caribe, en un momento histórico en el que la familia es víctima de muchas fuerzas que tratan de destruirla o deformarla» (*Conclusiones de Santo Domingo*, 210). En efecto, son muchos los factores que, también en vuestro país, han contribuido y contribuyen a debilitar los valores humanos y cristianos que han de sostener la vida del hogar. No se os oculta que los divorcios, abortos, campañas anticoncepcionales —en contraposición a la verdadera paternidad responsable— (cf. *Gaudium et spes*, 50-561), uniones consensuales libres y la mentalidad *laicista*, puntualmente fomentada por ciertos medios de comunicación social, son otras tantas causas que afectan seriamente a los principios morales, y no sólo en las conciencias de los individuos sino también en el orden social.

* * *

A LOS OBISPOS DE COSTA RICA (9 DE FEBRERO DE 1994)

Nueva evangelización

3. La obra de evangelización exige por parte de todos un esfuerzo renovado y constante, especialmente ante los retos del mundo actual, como son las tendencias secularizantes, el indiferentismo religioso y la crisis de valores, que constatamos en la realidad social y que afectan a la conciencia individual y colectiva, también en los países de larga tradición cristiana.

A vosotros —como habéis reiterado, junto con los demás episcopados latinoamericanos— os corresponde la tarea de impulsar la nueva evangelización: «Ésta es nuestra tarea: hacer que la verdad sobre Cristo, la Iglesia y el hombre penetre más profundamente en todos los estratos de la sociedad en búsqueda de su progresiva transformación» (*Mensaje de la Conferencia de Santo Domingo a los pueblos de América Latina y el Caribe*, 3).

Cultura cristiana

En vuestro país, donde se da un particular relieve a los problemas educativos, la enseñanza superior ha conocido en los últimos años un gran auge, como lo indica también la reciente creación de varias Universidades privadas. Éste es un campo —al igual que el vasto mundo de la cultura— que requiere una atención pastoral adecuada, a la que no dudo que —en la medida de vuestras posibilidades— dedicaréis personas idóneas para tal responsabilidad. Como señalé en el *discurso inaugural de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano*, «aunque el Evangelio no se identifica con ninguna cultura en particular, sí debe inspirarlas, para de esta manera transformarlas desde dentro, enriqueciéndolas con los valores cristianos que derivan de la fe. En verdad, la evangelización de la cultura representa la forma más profunda y global de evangelizar a una sociedad, pues mediante ella el mensaje de Cristo penetra en las conciencias de las personas y se proyecta en el *ethos* de un pueblo, en sus actitudes vitales, en sus instituciones y en todas las estructuras» (n. 20).

* * *

A LOS OBISPOS DE GUATEMALA (4 DE MARZO DE 1994)

Nueva evangelización

2. En vuestro documento colectivo *500 años sembrando el Evangelio* afirmáis: «En esta hora privilegiada de la historia asumimos con un renovado entusiasmo el proyecto de la nueva evangelización e invitamos a todos los hombres y mujeres de buena voluntad a construir una sociedad más justa, humana, fraterna y democrática (*Introducción*). Como señalé en el discurso inaugural de la IV Con-

ferencia general del Episcopado latinoamericano, en Santo Domingo, «en verdad, la llamada a la nueva evangelización es ante todo una *llamada a la conversión*.

En efecto, mediante el testimonio de una Iglesia cada vez más fiel a su identidad y más viva en todas sus manifestaciones, los hombres y los pueblos de América Latina, y de todo el mundo, podrán seguir encontrando a Jesucristo, y en él la verdad de su vocación y esperanza, el camino hacia una humanidad mejor» (n. 1).

La nueva evangelización deberá preservar, pues, las riquezas espirituales de vuestro pueblo y favorecer en todos una conversión cada vez más coherente con el Evangelio; ella ha de llevar a todos los fieles a penetrar cada vez más en el misterio de Cristo.

Proselitismo de las sectas

5. Motivo de particular preocupación, en vuestra solicitud de pastores, es *el avance de las sectas*, que siembran confusión entre los fieles y deforman el contenido del mensaje evangélico.

Es cierto que las persistentes campañas proselitistas de movimientos y grupos «pseudo-espirituales» —como los define el documento de Puebla (n. 628)— buscan, ante todo, resquebrajar la unidad católica de vuestro pueblo. Como señalé en el discurso inaugural de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano, «al preocupante fenómeno de las sectas hay que responder con una acción pastoral que ponga en el centro de todo a la persona, su dimensión comunitaria y su anhelo de una relación personal con Dios.

Es un hecho que allí donde la presencia de la Iglesia es dinámica, como es el caso de las parroquias en las que se imparte una asidua formación en la palabra de Dios, donde existe una liturgia activa y participada, una sólida piedad mariana, una efectiva solidaridad en el campo social, una marcada solicitud pastoral por la familia, los jóvenes y los enfermos vemos que las sectas o los movimientos para-religiosos no logran instalarse o avanzar» (*Santo Domingo*, 12 de octubre de 1992, 12).

A LOS OBISPOS DE PUERTO RICO (14 DE MARZO DE 1994)

Religiosidad popular

9. A este respecto, es motivo de gozo constatar la religiosidad de las familias puertorriqueñas, que esperan y necesitan vuestra guía doctrinal, para poder purificar así y consolidar en la verdad sus vivas creencias religiosas. Como señala acertadamente el Documento de Santo Domingo, «la religiosidad popular es una expresión privilegiada de la inculturación de la fe. No se trata sólo de expresiones religiosas sino también de valores, criterios, conductas y actitudes que nacen del dogma católico y constituyen la sabiduría de nuestro pueblo, formando su matriz cultural» (n. 36). No obstante, sabéis bien que, como «verdaderos y auténticos maestros de la fe» (*Christus Dominus*, 2), es misión vuestra ofrecer rectos criterios a los fieles, de manera que brille siempre la verdad y la sana doctrina, y se eviten desviaciones que pueden sembrar confusión atentando a la pureza de la fe misma.

* * *

A LOS OBISPOS DE REPÚBLICA DOMINICANA
(25 DE MARZO DE 1994)

Nueva evangelización

Nuestro tiempo —lo sabéis bien— se caracteriza por un proceso de cambios acelerados, que deja sentir sus efectos a todos los niveles, y que requiere por nuestra parte un esfuerzo generoso para hacer llegar al hombre de hoy el mensaje evangélico de salvación.

A este propósito, me complace saber que tenéis ya en avanzada fase de elaboración el II Plan nacional de pastoral con el que, a la luz de las conclusiones de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano, queréis dar un renovado impulso a la acción evangelizadora mediante oportunas directrices pastorales que lleven a una presencia viva de la Iglesia en los individuos, en las familias y en la sociedad. Uno de los frutos del precedente plan pastoral lo ha constituido el I Concilio plenario, que tras arduo trabajo en el seno de las comunidades, de las parroquias y de las diócesis, está reco-

giendo las aspiraciones apostólicas de pastores y fieles en orden a la renovación en profundidad de la vida eclesial. Por otra parte, y para ofrecer una mejor atención pastoral a los fieles, ha sido erigida recientemente la provincia eclesiástica de Santiago de los Caballeros. De corazón pido a Dios que bendiga con abundantes frutos otras iniciativas con las que se busca poner en acto las mejores energías de vuestra Iglesia local para dar nuevo impulso a las áreas de la nueva evangelización.

4. «Jesucristo ayer, hoy y siempre» (cf. *Hb* 13, 8), lema de la Conferencia de Santo Domingo, ha de ser el centro focal de toda acción evangelizadora. Como señalé en aquella memorable circunstancia, «la nueva evangelización no consiste en un "nuevo evangelio", que surgiría siempre de nosotros mismos, de nuestra cultura, de nuestro análisis de las necesidades del hombre. Por ello, no sería "evangelio", sino mera invención humana y no habría en él salvación... No, la nueva evangelización no nace del deseo "de agradar a los hombres" o de "buscar su favor" (*Ga* 1, 10), sino de la responsabilidad para con el don que Dios nos ha hecho en Cristo, en el que accedemos a la verdad sobre Dios y sobre el hombre, y a la posibilidad de la vida eterna» (*Discurso inaugural*, Santo Domingo, 12 de octubre de 1992, 6). La tarea primordial de la evangelización es, pues, presentar a Cristo Jesús como redentor del hombre y de todos los hombres: de su vida personal y social, del ambiente familiar y profesional, del mundo del trabajo y de la cultura, en una palabra, de los diversos ámbitos en que se desarrolla la actividad de la persona.

* * *

A LOS OBISPOS DE MÉXICO, GRUPO 1 (11 DE JUNIO DE 1994)

Nueva evangelización

El reto que la situación actual de vuestro país representa para la Iglesia exige de vosotros un particular empeño y fidelidad en la acción evangelizadora. Como señalaba en la encíclica *Veritatis splendor*, «el momento que estamos viviendo —al menos en no pocas sociedades— es más bien el de un formidable desafío a la *nueva evangelización*, es decir, al anuncio del Evangelio siempre nuevo y siempre portador de novedad» (n. 106). Por ello, en mi solicitud por todas las Iglesias, no dejo de recordar la urgencia de esta tarea pri-

mordial, que ha de ser «algo operativo y dinámico», como reitera también el documento de Santo Domingo (n. 24).

En efecto, las tres líneas de fuerza de la nueva evangelización, es decir, el *nuevo ardor*, *los nuevos métodos* y *las nuevas expresiones*, quieren indicar que la comunidad eclesial está llamada a una renovación profunda, para poder anunciar de manera transparente a Cristo resucitado. «En verdad, la llamada a la nueva evangelización es ante todo *una llamada a la conversión*. En efecto, mediante el testimonio de una iglesia cada vez más fiel a su identidad y más viva en todas sus manifestaciones, los hombres y los pueblos de América Latina, y de todo el mundo, podrán seguir encontrando a Jesucristo, y en él la verdad de su vocación y su esperanza: el camino hacia una humanidad mejor» (*Discurso inaugural de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano*, Santo Domingo, 12 de octubre de 1992, 1).

3. El *nuevo ardor* se refiere principalmente a las personas, es decir, a los agentes de pastoral, sacerdotes, almas consagradas y laicos, llamados a asumir responsablemente los compromisos de su vocación específica, con un claro testimonio de vida y con una decidida y generosa inserción en el propio ambiente. Los *nuevos métodos* indican una renovación de los medios y modos de hacer llegar el mensaje al hombre de hoy, inmerso en una sociedad que pide signos inteligibles y medios de comunicación inmediatos y eficaces. Las *nuevas expresiones* se refieren a la presentación de los contenidos doctrinales que, siendo inmutables, necesitan un lenguaje conceptual y unas motivaciones que lleguen verdaderamente al hombre en sus situaciones concretas. Así, la nueva evangelización, anuncio transparente de Jesucristo resucitado, fomentará la verdadera promoción humana y hará que los valores culturales, una vez purificados, lleguen a su plenitud en Cristo.

Sacerdocio y vocaciones al sacerdocio

7. Es importante que en vuestros presbiterios haya un proyecto de vida y de formación sacerdotal bien definido para la edificación de toda la comunidad eclesial. Reitero la invitación que os hice durante mi visita al Pontificio Colegio Mexicano de Roma: «Ojalá que con vuestro esfuerzo y el de los sacerdotes en vuestras diócesis, se logren elaborar unos "programas de formación permanente, capaces

de sostener, de una manera real y eficaz, el ministerio y vida espiritual de los sacerdotes" (*Pastores dabo vobis*, 3)» (*Homilía*, 24 de noviembre de 1992, 3).

Uno de los compromisos asumidos en la Conferencia general de Santo Domingo fue precisamente éste: «Buscar en nuestra oración litúrgica y privada y en nuestro ministerio una permanente y profunda renovación espiritual para que en los labios, en el corazón y en la vida de cada uno de nosotros, esté siempre presente Jesucristo» (*Conclusiones*, 71).

* * *

A LOS OBISPOS DEL ECUADOR (21 DE JUNIO 1994)

Nueva evangelización

2. En las relaciones quinquenales habéis dejado constancia de vuestro firme compromiso de llevar a cabo la apremiante tarea de la nueva evangelización, promoviendo también los valores del hombre y sus derechos, e inculturando cada vez más el Evangelio en la realidad ecuatoriana, como ha sido formulado por la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Para estudiar las Conclusiones de dicha Conferencia habéis celebrado una asamblea a nivel nacional con la participación de sacerdotes, religiosos, religiosas y delegados laicos de todo el país, cuyos trabajos han sido compendiados en el documento «Líneas pastorales. Documento de aplicación de Santo Domingo a la Iglesia en el Ecuador».

Matrimonio y familia

En dicho documento habéis señalado la familia como tema prioritario de vuestra acción pastoral, en este año dedicado particularmente a ella. Os aliento vivamente en vuestra solicitud por la institución familiar y me uno espiritualmente a vuestras preocupaciones por esta célula fundamental de la sociedad, que se enfrenta hoy a innumerables retos y que ningún poder humano tiene derecho a manipular.

La Iglesia reitera su aprecio a la familia y renueva su compromiso de anuncio y garantía de este «gran misterio» (cf. *Ef* 5, 32). En efecto, «la Iglesia profesa que el matrimonio, como sacramento de la alianza de los esposos, es un «gran misterio», ya que en él se manifiesta el amor esponsal de Cristo por su Iglesia» (*Carta a las familias*, 19).

Pastoral indígena

6. En el solícito y abnegado servicio pastoral a todo el Pueblo de Dios, veo con satisfacción que los sacerdotes y demás agentes de pastoral dedican especial atención a los sectores de población más desprotegidos como son los indígenas, afroecuatorianos y habitantes de los suburbios de las grandes ciudades. Como señalé en la apertura de la Conferencia de Santo Domingo, «vosotros, Pastores de la Iglesia, constatáis la difícil y delicada realidad social por la que atraviesa hoy América Latina, donde existen amplias capas de población en la pobreza y la marginación. Por ello, solidarios con el clamor de los pobres, os sentís llamados a asumir el papel del buen samaritano (cf. *Lc* 10, 25-37), pues el amor a Dios se muestra en el amor a la persona humana (*Discurso inaugural*, 12 de octubre de 1992, 13).

Conozco bien la preocupación pastoral con que habéis asumido la tarea evangelizadora de hacer presente a Jesús en medio de las comunidades indígenas. A ello está contribuyendo la creación de centros de formación, con formadores nativos, así como el Instituto Nacional de Pastoral Indígena. Por otra parte, me complace saber que la invitación que os hice, durante el inolvidable encuentro en Latacunga, a fomentar las vocaciones autóctonas para la vida sacerdotal y religiosa en las comunidades indígenas, se está haciendo gozosa realidad. Como muestra de solicitud en favor de los más desprotegidos, no habéis dejado de hacer oír vuestra voz afrontando la compleja cuestión de la tenencia de tierras y exhortando a la solidaridad como camino que conduce a la justicia.

Religiosidad popular

7. Uno de mis entrañables recuerdos del Ecuador es el de su arraigada religiosidad popular, especialmente en torno a los San-

tuarios marianos. Es consolador ver a tantas familias, a tantos jóvenes y gentes de toda clase social acercarse a esos lugares de culto para orar y para encontrar más profundamente a Jesucristo, nacido de María.

El documento de Santo Domingo, siguiendo las pautas ya trazadas anteriormente por el Papa Pablo VI en la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, así como por el documento de Puebla, ha hecho hincapié en los valores de la religiosidad popular, desde la perspectiva de la nueva evangelización, promoción humana y cultura cristiana. «La religiosidad popular —se afirma en una de sus Conclusiones— es una expresión privilegiada de la inculturación de la fe. No se trata sólo de expresiones religiosas sino de valores, criterios, conductas y actitudes que nacen del dogma católico y constituyen la sabiduría de nuestro pueblo formando su matriz cultural» (*Santo Domingo, Conclusiones*, 36).

8. Sois bien conscientes de que, junto al aprecio de la religiosidad popular, se hace necesaria también su conveniente purificación y perfeccionamiento, sobre todo prestando una gran atención a la catequesis, a la liturgia eucarística y penitencial, a los compromisos de caridad y de justicia social, y así, «purificadas de sus posibles limitaciones y desviaciones lleguen a encontrar su lugar propio en nuestras Iglesias locales y en su acción pastoral» (*ib.*, 36).

* * *

A LOS OBISPOS DE CUBA (25 DE JUNIO DE 1994)

Nueva evangelización

4. A este propósito, os aliento a proseguir en vuestra línea pastoral de formar integralmente a las personas que han optado por seguir a Jesucristo y su Evangelio, sin escatimar esfuerzos en *la labor catequética a todos los niveles*.

Como señala el *Documento de Santo Domingo* «existe todavía mucha ignorancia religiosa; la catequesis no llega a todos y muchas veces llega en forma superficial, incompleta en cuanto a sus contenidos, o puramente intelectual, sin fuerza para transformar la vida de las personas y sus ambientes» (*Conclusiones*, 41). Es necesario

que los fieles puedan continuar teniendo acceso a la catequesis completa y adecuada a las circunstancias personales, familiares y sociales.

Fruto de la acción catequética será, sin duda, una participación más viva y consciente de los cristianos en las celebraciones litúrgicas, de manera que éstos puedan hallar motivaciones y fuerzas para dar razón de su fe, y se hagan presentes en los ambientes descristianizados para favorecer su reencuentro con el Señor.

* * *

A LOS OBISPOS DE PARAGUAY (30 DE AGOSTO 1994)

Nueva evangelización

2. He constatado con satisfacción la profunda unión que existe entre vosotros. Vuestra unidad no responde sólo a las características personales de cada uno, sino que es exigencia misma de la misión pastoral, la cual está destinada a «impulsar y defender la unidad de la fe y la disciplina común de toda la Iglesia» (*Lumen gentium*, 23).

Así, afianzando esa cohesión en el seno de vuestra Conferencia Episcopal, aunando esfuerzos y coordinando las iniciativas se conseguirá irradiar con nitidez la imagen del misterio de la Iglesia, que es comunión.

Y de esa unidad brotarán abundantes frutos de evangelización, de la cual sois los primeros impulsores para «hacer que la verdad sobre Cristo, la Iglesia y el hombre penetre más profundamente en todos los estratos de la sociedad en búsqueda de su progresiva transformación» (*Mensaje de la Conferencia de Santo Domingo a los pueblos de América Latina y el Caribe*, 3).

3. Vuestro pueblo puede gloriarse en verdad de sus raíces cristianas. Ya desde los comienzos de la evangelización del continente americano la fe se encarnó en vuestro País y tuvo una expresión particular en las llamadas «Reducciones», estructura religiosa y social en la cual se distinguió vuestro primer Santo, Roque González, al que tuve la dicha de canonizar cuando visité el Paraguay.

Religiosidad popular

La religiosidad popular de vuestros fieles es expresión de un rico patrimonio que, conservado y protegido, es importante para hacer frente al peligro, siempre real, de la descristianización de la sociedad, de la aparición de nuevas ideologías contrarias a la verdad del Evangelio así como del proselitismo de las sectas.

Para ello se impone un renovado empeño en hacer crecer la fe de diversos modos, poniendo en acción nuevas metodologías evangelizadoras y teniendo en cuenta las indicaciones de la IV Asamblea General del Episcopado Latinoamericano.

No se puede subestimar lo que esa «religiosidad del pueblo» representa como base sobre la que poder seguir construyendo el edificio de «la nueva Evangelización», presentando a Cristo Jesús como Redentor de todos los hombres: de su vida personal y social, del ambiente familiar y profesional, del mundo del trabajo y de la cultura, en una palabra, de los diversos ámbitos en que se desarrolla la actividad de la persona.

* * *

A LOS OBISPOS DE PERÚ, GRUPO 2 (27 DE SEPTIEMBRE DE 1994)

Nueva evangelización

Para hacer frente a las situaciones de disociación entre las exigencias de la fe y la vida, de secularización creciente de la sociedad, así como del proselitismo de las sectas religiosas, es menester un constante esfuerzo por revitalizar la catequesis a todos los niveles, ofreciendo a los fieles un conocimiento más excelente de las riquezas insondables del misterio de Dios y de la Iglesia.

Toda labor catequética, a la luz de la «nueva evangelización», ha de estar centrada en la persona de Jesucristo, que es el mismo «ayer, hoy y siempre» (cf. *Hb* 13, 8), sirviéndose, como instrumento muy útil, del Catecismo de la Iglesia Católica, a fin de «dar una respuesta integral, pronta, ágil, que fortalezca la fe católica en sus verdades fundamentales, en sus dimensiones individuales, familiares y

sociales» (*Discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 11).

En esta labor catequética podrá ser muy beneficiosa la aportación de los diversos Movimientos eclesiales, los cuales favoreciendo y alentando «una unidad más íntima entre la vida práctica y la fe de sus miembros» (*Apostolicam actuositatem*, 19), han de actuar con leal disponibilidad para acoger las enseñanzas doctrinales y las orientaciones pastorales de los propios Obispos (cf. *Christifideles Laici*, 30).

Opción preferencial por los pobres

5. En la hora presente, en que la pobreza sigue golpeando a muchos ciudadanos de vuestro País, el anuncio de Jesucristo ha de llevar también a tomar un compromiso preferencial por los pobres, no exclusivo ni excluyente, porque la misión de la Iglesia debe estar abierta a todos, pues ella «al proclamar el Evangelio... obedece el mandato de Jesucristo a hacer de la ayuda al necesitado una exigencia esencial de su misión evangelizadora» (*Conclusiones de Santo Domingo*, 165).

La falta de coherencia entre la fe que se profesa y la vida cotidiana —como fue señalado en la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Santo Domingo—, es una de las varias causas que generan pobreza en América Latina, porque los cristianos a veces no han sabido encontrar en la fe la fuerza necesaria para penetrar los criterios y las decisiones de los sectores responsables del liderazgo ideológico y de la organización de la convivencia social, económica y política de nuestros pueblos (cf. *ib.*, 161).

Por ello, quiero proclamar una vez más que el mejor servicio que se hace a los hermanos es la evangelización, pues la fuerza de la Palabra de Dios es capaz de liberar de toda forma de injusticia (cf. *Discurso inaugural de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 16).

Las diversas estructuras, públicas o privadas, que deriven de situaciones injustas o lleven a ellas, han de recibir los efectos de la Redención, lo cual quiere decir que para superarlas los hombres han de convertirse a Jesucristo. La respuesta cristiana no tiene nada que

ver con las ideologías o las modas: es una actitud, ante todo, religiosa.

En vuestras intervenciones pastorales colectivas habéis señalado la necesidad de un cambio de mentalidad, de una conversión interior que se traduzca en una solidaridad eficaz con los pobres, señalando que «la pobreza agobia a dos tercios de los peruanos y está teniendo efectos irreversibles en toda una generación de niños y jóvenes» (*Mensaje de la Conferencia Episcopal Peruana con ocasión de la Navidad*, 23 de diciembre de 1992). Os aliento a seguir proclamando sin cansancio que el camino de la pacífica convivencia está en la construcción de una sociedad cada vez más humana, fraterna, solidaria y justa.

* * *

A LOS OBISPOS DE CHILE (18 DE OCTUBRE DE 1994)

Sacerdocio y vocaciones al sacerdocio

4. Es motivo de profunda esperanza la vida de los nuevos seminarios en Chile. A este respecto quiero recordar que una «condición indispensable para la «nueva evangelización» es poder contar con evangelizadores numerosos y cualificados» (*Discurso inaugural en Santo Domingo*, 26), que sean conscientes de la gracia de haber sido llamados a tan alta misión. Por eso, la promoción de las vocaciones sacerdotales y religiosas ha de considerarse una prioridad por parte de los Obispos y una exigencia de todo el pueblo de Dios (cf. *Conclusiones de Santo Domingo*, 82). Al mismo tiempo, se ha de trabajar no sólo por incrementar el número de los llamados, sino también para garantizar a la Iglesia la idoneidad de los mismos.

Matrimonio y familia

Los Obispos de América Latina en la IV Conferencia General, han recordado que «el matrimonio y la familia en el proyecto original de Dios son instituciones de origen divino y no productos de la voluntad humana» (*Conclusiones de Santo Domingo*, 211). Enseñad con claridad esta verdad que es válida, no sólo para los católicos, sino para todos los hombres y mujeres sin distinción. Os invito,

igualmente, a proclamar sin cesar que el matrimonio y la familia constituyen un bien insustituible de la sociedad, la cual no puede permanecer indiferente frente a su degradación o pérdida.

Promoción humana

7. Os preocupa también, queridos Hermanos, la situación de aquellas personas que sufren angustias económicas y, a veces, carecen de lo necesario. A este respecto son consoladoras las diversas iniciativas existentes en cada diócesis para responder adecuadamente a las necesidades de los pobres.

Esta preocupación por lo social «forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia» (*Sollicitudo rei socialis*, 41), en la cual debe ocupar un lugar predominante la promoción humana, ya que la evangelización tiende a la liberación integral de la persona (cf. *Discurso inaugural. IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, 13). Los católicos, transmitiendo adecuadamente el rico y siempre actual patrimonio de la doctrina social de la Iglesia, deben impulsar y favorecer convenientes iniciativas encaminadas a superar situaciones de pobreza y marginación que afectan a tantos hermanos necesitados.

Aunque toda la Iglesia está llamada directamente al servicio de la caridad para «aliviar las necesidades humanas de todo género» (*Christifideles laici*, 41), sin embargo en este servicio tienen un papel específico los fieles laicos, pues a ellos corresponde infundir los valores cristianos en el orden temporal, pues esta misma caridad anima y sostiene una activa solidaridad, atenta a todas las necesidades del ser humano (cf. *ib.*).

* * *

A LOS OBISPOS DE MÉXICO, GRUPO 3 (29 DE NOVIEMBRE DE 1994)

Nueva evangelización

4. La IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano, celebrada en Santo Domingo, ha puesto particularmente de relieve los graves desafíos pastorales de nuestro tiempo y ha querido perfilar

las líneas fundamentales de un nuevo impulso evangelizador que ponga a Cristo en el corazón y la vida de todos los latinoamericanos (*Mensaje*, 3). Éste y no otro ha de ser vuestro objetivo. Como verdaderos y auténticos maestros de la fe (*Christus Dominus*, 2), debéis orientar a los fieles diocesanos en su vida moral, al mismo tiempo que alentarlos a que den testimonio de su identidad cristiana entre los demás.

A este respecto, al tratar de la presencia de la Iglesia en el mundo dice el concilio Vaticano II que de su misma misión religiosa fluyen tareas, luz y fuerzas que pueden servir para constituir y fortalecer la comunidad de los hombres según la ley divina (*Gaudium et spes*, 42).

En efecto, la Iglesia, por su vocación de servicio al hombre en todas sus dimensiones, alienta todo aquello que pueda favorecer el bien común de la sociedad y se esfuerza por ser siempre signo y salvaguardia de la transcendencia de la persona humana (*ib.*, 76), a la vez que ilumina también las realidades temporales con los valores y criterios del Evangelio (cf. *ib.*).

* * *

A LOS OBISPOS DE BRASIL, GRUPO 1 (1 DE ABRIL DE 1995)

Primera evangelización

Por los frutos recogidos en numerosos sectores de la vida eclesial y civil, podemos deducir que se realizó «una valiosa, fecunda y admirable obra evangelizadora» (*IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano, Discurso de apertura*, 12 de octubre de 1992, 4). Yo mismo puedo dar testimonio de ello, recordando mis dos viajes apostólicos por el territorio brasileño, en 1980 y 1991.

Cinco siglos de descubrimiento y de evangelización. Es como si nos encontráramos de nuevo en el comienzo de la trayectoria histórica de vuestro país, que se presenta como una potencia emergente en el concierto de las naciones, con una capacidad excepcional para superar sus propios desaffos —tan grandes como él mismo—, que hay que interpretar correctamente como momentos de un proceso de

crecimiento, con vistas a una madurez constitucional dinámica y a la conquista de mayor participación e integración socioeconómica.

Urge mantener el entusiasmo de los primeros misioneros. Urge impregnar la sociedad actual y sus estructuras con los valores que no se enraizaron suficientemente en la primera evangelización. Entre otros, me refiero a los grandes valores de la dedicación a la causa pública, la autoestima y la confianza en sus potencialidades, un sano patriotismo y la solidaridad entre los compatriotas para construir juntos el destino de la nación.

Hoy, vuestras Iglesias tienen una propuesta de nueva evangelización, «nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión» (cf. *Discurso a los obispos del CELAM*, 9 de marzo de 1983) en el Documento de Santo Domingo y en muchos otros documentos del magisterio pontificio y episcopal, en los que se pueden encontrar las grandes líneas directrices que orientarán las actividades apostólicas de la Iglesia en Brasil y en el continente, como preparación para el año 2000, año de gracia del Señor.

De ese modo, ¿no serían expresión de la renovada animación de la vida religiosa en vuestro país esas formas de «misiones populares» del pasado que, como me consta, están renaciendo en algunas diócesis brasileñas? La entronización de la cruz de Santo Domingo en tantos hogares para despertar el espíritu y la responsabilidad misionera en los católicos, ¿no es una señal de la presencia consoladora del Espíritu Santo en el corazón de los fieles?

Empeño misionero

8. Por otra parte, este año la Iglesia de Brasil está organizando el V Congreso misionero latinoamericano, destinado a fortalecer el empeño misionero de las comunidades cristianas.

La aspiración de los organismos misioneros de una Iglesia unida en la vivencia de la misma fe y enriquecida por múltiples expresiones culturales y religiosas, debe tener siempre como punto de partida «la certeza de que en Cristo hay una «riqueza insondable» (Ef 3, 8), que no agota ninguna cultura ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos. Esa riqueza es, ante todo, Cristo mismo, su persona, porque él mismo es nuestra

salvación» (*Discurso inaugural de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano*, 6; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 23 de octubre de 1992, p. 8).

* * *

A LOS OBISPOS DEL BRASIL, GRUPO 3 (30 DE MAYO DE 1995)

Apostolado de los laicos

5. La región donde el Señor os ha constituido pastores abarca una extensa área de tierras brasileñas con muchos bosques y una gran red de ríos, a menudo única vía de conexión, además de la aérea, entre las diversas localidades. Ante la baja densidad demográfica, en relación con la superficie de vuestras diócesis, tenéis necesidad, en contrapartida, de afrontar los desafíos de las emigraciones internas, el aumento de la población urbana atraída por los polos de desarrollo, la acción misionera en regiones selváticas alejadas, a veces habitadas sólo por indígenas.

«Ante todo, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo, por todos vosotros» (*Rm* 1, 8). Haciendo mías esas palabras del Apóstol de las gentes, deseo daros las gracias por el diligente celo pastoral unido al sacrificio con que os entregáis a la causa del Evangelio. Al mismo tiempo, mi agradecimiento se dirige a todos los misioneros de los tiempos modernos, religiosos y religiosas que, junto con la multitud de los laicos de las innumerables comunidades eclesiales, dan vida a vuestras metas pastorales. Si no pudierais contar con ellos, permaneceríais con las manos atadas. Los laicos, en particular, además de constituir la mayoría del pueblo de Dios, tienen, con mayor razón, «su parte activa en la vida y en la acción de la Iglesia (...). Su acción dentro de las comunidades de la Iglesia es tan necesaria, que sin ella el propio apostolado de los pastores no puede conseguir la mayoría de las veces plenamente su efecto» (*Apostolicam actuositatem*, 10).

En vuestros informes quinquenales este tema ha sido objeto de particular atención y, con razón, habéis analizado la cuestión del protagonismo de los laicos, especialmente en relación con la evangelización urbana. Este protagonismo, tal como lo expone el documento de Santo Domingo (cf. n. 97 y ss.) debe entenderse en el

marco de su vocación específica. ¿Cómo podrán tomar conciencia de su propia misión eclesial? ¿De qué modo podrán insertarse en la sociedad como «levadura en la masa»?

Vosotros, amadísimos hermanos, en virtud del sacerdocio jerárquico, en el que actuáis en la persona de Cristo-cabeza, tenéis el serio deber de santificar, formar y regir el pueblo sacerdotal, como nos enseña el concilio Vaticano II (cf. *Presbyterorum ordinis*, 7).

La eficacia del trabajo apostólico del fiel laico está íntimamente vinculada a su base espiritual, a su vida de oración personal y comunitaria, a la frecuencia con que recibe los sacramentos, sobre todo la Eucaristía y la penitencia, y a su recta formación doctrinal. La comunidad eclesial se reúne en torno a su obispo y, en su nombre, en torno al presbítero, no simplemente para intercambiar experiencias o para crear un clima de reivindicación social, sino para escuchar la palabra de la Verdad, el Evangelio de Cristo, transmitido sin desviaciones y con fidelidad al Magisterio de la Iglesia.

Dentro de la amplia libertad de iniciativa que corresponde al se-
glar para actuar, tanto a nivel individual como comunitario, existe un común denominador, el de la propia fe conscientemente asumida y diligentemente divulgada, que no es posible eludir sin poner en peligro la autenticidad de la fe profesada. A los fieles laicos corresponde, en particular y en virtud de su participación en la misión profética de Cristo «testificar cómo la fe cristiana (...) constituye la única respuesta plenamente válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y a cada sociedad» (*Christifideles laici*, 34).

Por esto, con gran esperanza, he querido recientemente subrayar «el papel (profético) que la mujer está llamada a desempeñar en la edificación de la Iglesia» (*Carta a los sacerdotes*, 1995, 6). ¿Cómo no recordar el heroico y perseverante testimonio que han dado tantas mujeres, junto con hombres de gran valor, como primeras transmisoras de la fe en el ámbito familiar? No puedo por menos de mencionar aquí, con inmensa gratitud, la entrega paciente y sacrificada de innumerables religiosas y laicas comprometidas en la catequesis de los niños en el ámbito parroquial. Elevo fervientes oraciones a Dios Padre para que las bendiga y las recompense.

A LOS OBISPOS DEL BRASIL, GRUPO 7 (5 DE SEPTIEMBRE DE 1995)

El proselitismo de las sectas

Con toda razón, el Episcopado latinoamericano, reunido en Santo Domingo, presentó con vivos colores el desafío pastoral que plantean hoy las sectas en toda América Latina. El documento final describió con claridad y precisión a esas sectas y movimientos, mostró sus características y sus modos de actuar, manifestó los intereses políticos y económicos implicados en su expansión en todo el continente e indicó los desafíos pastorales y los posibles caminos para vuestra actuación en este campo (cf. *Conclusiones de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano*, 139-152).

No es mi intención ahora repetir lo que todos conocéis tan bien. Es notoria el deseo, a veces virulento, de esas sectas de minar las bases de la fe del pueblo, de modo especial por lo que respecta al culto del misterio eucarístico y de la santísima Virgen, a la estructura jerárquica de la Iglesia y al primado del Pedro, que perdura en la acción pastoral universal del Obispo de Roma, y a las expresiones de piedad popular. Es evidente, también, que el éxito de su labor puede explicarse por la carencia de cultura religiosa del pueblo, debida, en buena parte, a la pérdida de la vivencia religiosa que cultivaba en las pequeñas ciudades del interior, pero que se debilitó cuando emigró a la periferia de las grandes ciudades, en un proceso casi siempre doloroso de desarraigo cultural.

Nueva evangelización

8. Por último, ¿dónde podríamos encontrar la falta de ardor e iniciativa en el anuncio evangélico?

La evangelización a la que está llamada la Iglesia en este final de milenio debe ser, como he repetido muchas veces, nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión. Este ardor, como dije en Santo Domingo, «supone una fe sólida, una caridad pastoral intensa y una recia fidelidad que, bajo la acción del Espíritu, generen una mística, un incontenible entusiasmo en la tarea de anunciar el Evangelio. En lenguaje neotestamentario es la "parresía" que inflama el corazón del apóstol» (*Discurso en la inauguración de la IV Confe-*

rencia general del Episcopado latinoamericano, 12 de octubre de 1992, 10; *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 23 de octubre de 1992, p. 9).

Llaman la atención el proselitismo a cualquier precio y el entusiasmo de los agentes de las sectas y de algunos movimientos seudoespirituales. ¿No habrá disminuido el esfuerzo por salir a buscar a las ovejas que se han alejado? Al contrario de lo que sucede en la parábola evangélica, no sólo está perdida una que otra oveja, sino una parte del rebaño.

Por eso, en el 25º aniversario del decreto conciliar *Ad gentes*, quise poner de manifiesto que «el anuncio tiene la prioridad permanente en la misión (...). En la compleja realidad de la misión, el primer anuncio tiene una función central e insustituible, porque introduce "en el misterio del amor de Dios, quien lo llama a iniciar una comunicación personal con él en Cristo" y abre la vía para la conversión» (*Redemptoris missio*, 44). Precisamente porque «el amor de Cristo nos apremia» (2 Co 5, 14), la «misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros» (*ib.*, n. 11).

* * *

A LOS OBISPOS DE BRASIL, GRUPO 8 (29 DE SEPTIEMBRE 1995)

Nueva evangelización

En el umbral del tercer milenio, la misión apostólica que se os ha confiado ha de afrontar los desafíos formidables de la nueva evangelización, en la que la cultura reviste una importancia primordial. Precisamente siguiendo la línea de estas consideraciones, cuando participé en las conmemoraciones del V Centenario de la evangelización de América Latina, pedí que se diera mayor relieve a la «cultura cristiana», para que el Evangelio de Cristo llevado a los hombres llegara a cada uno en su cultura, con la esperanza de que, a su vez, la fe de los cristianos fecundara las culturas emergentes. En América Latina se encuentra casi la mitad de los católicos del mundo. El éxito de la nueva evangelización dependerá de cómo la Iglesia, y, particularmente vosotros, que lleváis sobre los hombros la pesada carga de iluminar los caminos de la grey que se os ha confiado, sepáis mantener ese diálogo entre la cultura y la fe.

Para confirmar vuestros esfuerzos e infundiros aliento ante vuestros deberes, como ya lo hice con ocasión de las visitas «ad limina» de vuestros hermanos de otras regiones, me permito sugeriros algunas reflexiones sobre temas que muchos de vosotros compartisteis conmigo y que figuran entre los objetivos prioritarios de vuestro ministerio episcopal. Y, particularmente con vosotros, de la región nordeste-3, deseo hoy hablar del estado de la renovación litúrgica en vuestro inmenso país y de la tarea de llegar a una liturgia romana correctamente inculturada en el pueblo brasileño.

* * *

A LOS OBISPOS DE COLOMBIA, GRUPO 1 (30 DE ABRIL 1996)

Matrimonio y familia

5. Otro desafío pastoral, que exige lo mejor de nuestra solicitud pastoral es el de la familia. Ya tuve ocasión de escribir, con motivo del Año de la familia, que «entre los numerosos caminos, la familia es el primero y el más importante. Es un camino común, aunque particular, único e irrepetible, como irrepetible es todo hombre; un camino del cual no puede alejarse el ser humano» (*Carta a las familias*, 2).

Bien conocéis la gravedad de las múltiples amenazas que sufre la familia por todas partes y que habéis constatado particularmente en vuestras mismas comunidades diocesanas. La difusión del divorcio, visto incluso como un legítimo recurso por un cierto número de católicos, y la recurrente propuesta de ley sobre la legalización del aborto que falsamente pretende dar derecho a una ascendente y escalofriante perpetración de este «crimen abominable» (*Gaudium et spes*, 51), son males a los que se suman, entre otros, la dolorosa problemática de la acelerada desintegración familiar que se viene constatando en Colombia en las dos últimas décadas, la alarmante proliferación de la prostitución, la violencia que de diversas maneras afecta a tantos hogares, la falta de preparación y de compromiso de los padres para dar una verdadera formación cristiana a sus hijos, la situación cultural, social y económica, realmente infrahumana, en que viven tantas familias. Pero, «no obstante los problemas que en nuestros días asedian al matrimonio y la institución familiar, ésta como célula primera y vital de la sociedad puede generar grandes

energías, que son necesarias para el bien de la humanidad. Por eso, hay que anunciar con alegría y convicción la buena nueva sobre la familia» (*Discurso en Santo Domingo*, 12 de octubre de 1992, 18).

Es una verdad fundamental que el matrimonio y la familia no son una realidad efímera y transitoria como las modas y costumbres cambiantes de una sociedad, sino que vienen de Dios. Bajo esta luz se ha de enfocar la relación esencial de la familia con su origen divino, en el cual, mediante el sacramento del matrimonio, el amor humano quiere reflejar fielmente el amor de Dios y prolongar su poder creador, salvaguardando la unidad, la indisolubilidad y la fidelidad de los esposos.

Cultura cristiana

La primera fase de la preparación inmediata al gran jubileo se presenta como un tiempo propicio para examinar y apreciar debidamente el arraigo de los valores cristianos en la sociedad y los factores que inciden en la acción evangelizadora. En vuestra patria, como en otras naciones de América Latina, la Iglesia «ha logrado impregnar la cultura del pueblo, ha sabido situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción» (*Discurso inaugural de la IV Conferencia general del Episcopado latinoamericano*, 24).

Sin embargo, el ejercicio cotidiano de vuestro ministerio os hace conscientes de la aparición de «una crisis cultural de proporciones insospechadas» (*ib.*, 21), que tiene sus manifestaciones en la difusión de un permisivismo contrario no sólo a las normas cristianas sino a la misma moral natural. En este sentido se difunde una mentalidad antinatalista y a veces una educación errada de la sexualidad; no faltan voces que propugnan que la ley autorice el grave crimen del aborto; se divisa el peligro de la manipulación genética en los medios de reproducción humana. En el ordenamiento educativo se insinúan también tendencias contrarias a la tradición cultural de la nación y, en otro orden de cosas, la corrupción y su impunidad corren el riesgo de generalizarse, con las lamentables secuelas de indiferencia social y escepticismo.

Por eso, en los últimos meses, individualmente o por medio de las competentes Comisiones de la Conferencia episcopal, os habéis pronunciado con claridad y firmeza ante algunos de estos problemas referentes a la educación según las tradiciones culturales del país como a la moralidad pública, los cuales son objeto de debate e inducen a la confusión de los fieles. No ahorréis esfuerzos en el ejercicio de vuestro magisterio, puesto al servicio de la doctrina moral cristiana y de la auténtica dignidad del hombre (cf. *Veritatis splendor*, 114). Haciéndome eco de la exhortación paulina a Timoteo (cf. *2 Tm* 4, 2) os digo: ¡Continuad ofreciendo a vuestro pueblo ese valioso testimonio, sin que las incomprensiones o críticas os desanimen!

* * *

A LOS OBISPOS DE COLOMBIA, GRUPO 4 (15 DE JUNIO 1996)

Nueva evangelización

3. Tanto la misión «ad gentes» como la nueva evangelización a la que vengo convocando a toda la Iglesia brotan de la certeza de que en Cristo hay una «riqueza insondable» (*Ef* 3, 8), que no anula la cultura de ninguna época y a la cual los hombres pueden siempre acudir para enriquecerse espiritualmente. Esa riqueza es, ante todo, el propio Cristo, su persona, porque El mismo es nuestra salvación (cf. *Discurso inaugural de la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano*, Santo Domingo 12 de octubre de 1992, 6). El es la imagen viviente del Padre (cf. *Col* 1, 15), Verdad eterna, Amor infinito, Bien supremo; y, al mismo tiempo, es la imagen viviente del hombre, de su salvación y de su verdadera grandeza, a pesar de los dramas que acechan sobre la humanidad. En Cristo el hombre descubre plenamente su dignidad de persona, llamada a un desarrollo integral en la verdad y abierta a la trascendencia.

Por eso, es urgente que resuene con renovada energía en Colombia, y hasta los confines de la tierra, el nombre de Jesucristo, enviado del Padre, y que se proclame la salvación realizada por El mediante el sacrificio de la Cruz y el triunfo de la Resurrección. Es preciso que la Iglesia hoy, a las puertas del Tercer Milenio del cristianismo, dé un gran paso adelante en su evangelización, entrando en una nueva etapa histórica de su dinamismo misionero (cf. *Chris-*

tifideles laici, 35). En este sentido, como escribí en la Encíclica *Redemptoris missio*: «La Iglesia debe afrontar otros desafíos, proyectándose hacia nuevas fronteras, tanto en la primera misión «ad gentes», como en la nueva evangelización de pueblos que han recibido ya el anuncio de Cristo.

Hoy se pide a todos los cristianos, a las Iglesias particulares y a la Iglesia universal la misma valentía que movió a los misioneros del pasado y la misma disponibilidad para escuchar la voz del Espíritu» (n. 30).

